



Capítulo 380 - Morrigan, la diosa de la muerte y la guerra (Parte II)

Sapphire llegó a casa, deslizándose silenciosamente por la entrada lateral, todavía luciendo un poco sombría después de su conversación con Sepphirothy en el jardín de la mansión de Cabernet. Entró por la cocina, oliendo un leve aroma a cebada fermentada en el aire.

¿Cerveza?

Giró la cabeza lenta e incrédula hacia la sala de estar... y se quedó congelada en la puerta.

Allí estaba Morrigan.

La diosa celta del caos, la muerte, la guerra y la fertilidad— vestida con una camiseta de fútbol holgada que ni siquiera era suya, con los pies descalzos arrojados sobre el respaldo del immaculado sofá de cuero blanco, abriendo otra botella con un chasquido de sus dedos mágicos. Junto a ella había una caja vacía. La televisión mostraba un partido europeo al azar con dos equipos que Sapphire ni siquiera reconoció — pero Morrigan aplaudía intensamente como si hubiera apostado las almas de tres monjes celtas al resultado.

"¡BUENO, HIJO DE PUTA! ¡JUEGA ESA PELOTA COMO SI TUVIERAS UN HACHA EN LA ESPALDA!

Vergil estaba apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados, la camisa oscura abierta hasta el pecho y una vena en la frente pulsando discretamente. Cuando vio a Zafiro, sus ojos se encontraron con los de ella como si ella fuera su única esperanza de salvación.



Apuntó con la barbilla hacia la escena.

"Deshazte de eso. "Ya me estoy poniendo nervioso."

Sapphire tardó tres segundos enteros, y un parpadeo más lento de lo habitual, en procesar lo que estaba viendo. Luego se pasó la mano por el pelo, lo ató en un moño rápido y dio dos pasos firmes hasta detenerse detrás del sofá.

"Morrigan", dijo con voz tranquila y aguda como una hoja envainada. "Viniste a mi casa. Invadiste mi sala de estar. Bebiste mi cerveza. ¿Estás... viendo fútbol?

Morrigan ni siquiera se dio la vuelta. Ella simplemente respondió con un gesto despectivo de la mano y una sonrisa:

"No es sólo fútbol, querida. Esto es arte en movimiento. Alemania está masacrando a Escocia. ¿Y esta cerveza de trigo que compraste? Delicioso. Tienes buen gusto, lo admito."

Zafiro cruzó los brazos.

"Sabes que esto no es un hotel."

- ¿No? ¿En serio? "Tiene camas cómodas, nevera llena e incluso entretenimiento" Morrigan finalmente se dio la vuelta y sus ojos dorados bailaban como brasas. "Pero vine aquí por negocios, antes de que ese chico guapo de allí muriera de una úlcera nerviosa"

Virgilio hizo un gesto con la mano que significaba "déjame fuera de esto"





Sapphire resopló y caminó hacia el control remoto. Ella apagó el televisor sin contemplaciones.

Morrigan parpadeó sorprendido.

"Eso fue grosero."

"¿Estás buscando pelea?"

"Creo que sí..." Morrigan respondió sin dudarlo, inclinando la cabeza hacia un lado como un lobo burlándose de otra bestia. "Sería divertido. "Han pasado ya algunos años desde que alguien me planteó un verdadero desafío físico"

Vergil suspiró, ya conociendo bien ambos lados de esa ecuación — y ninguno de ellos era conocido por dar marcha atrás.

Pero Morrigan no se detuvo ahí.

Ella giró la botella de cerveza una última vez y luego lo señaló directamente con su dedo mojado por la bebida. La uña larga y negra brillaba como una hoja corta.

"Ese idiota", dijo con voz cargada de desprecio y sarcasmo, "podría haber agarrado fácilmente su teléfono y llamarte, ¿sabes? Pero no. Me dejó esperando cuatro horas. Cuatro. Horas. Para ti. "Como si fuera una puta del siglo XII."

La frase apenas había terminado de resonar en la habitación.





La mirada de Sapphire se estrechó y un sutil tic en la comisura del ojo delató el detonante.

Vergil ni siquiera tuvo tiempo de abrir la boca.

El puño de Zafiro cruzó el espacio entre ellos con la velocidad y la fuerza de un trueno encapsulado. El impacto golpeó a Morrigan en el centro de su cara, lo suficiente como para arrojarla como una muñeca maldita a través de la pared de la habitación, rompiendo vidrios, madera y concreto hasta que su cuerpo atravesó la ventana y voló hacia el patio trasero, aterrizando entre flores de lavanda y espinas de rosas.

El sonido era brutal.

El cristal roto cayó en cámara lenta.

El silencio regresó, pero ahora era el silencio de un campo de batalla.

Virgilio cerró los ojos y murmuró para sí mismo: "Está bien". "Ya empezó."

Afuera, Morrigan se elevó lentamente desde el cráter recién formado en la hierba. La sangre goteaba de un pequeño corte en su labio—y lo limpió con el pulgar, probándolo.

—Bueno, bueno... —dijo ella, sonriendo con una ferocidad que ahora era genuina. "Me gustan las mujeres así."

Zafiro saltó por la ventana como un cometa azul oscuro y aterrizó frente a la diosa con un estruendo.





"Oye, perra. "Te voy a matar."

Morrigan se secó la sangre del labio con el dorso de la mano y luego la lamió con gusto — como si el sabor de su propio dolor fuera un aperitivo del verdadero plato principal.

Entonces ella sonrió.

Ancho.

Fierce.

Depredador.

"Esta es la mujer por la que vine..." dijo, con sus ojos dorados brillando, cada sílaba imbuida de un hambre ancestral. "Por fin, alguien que contraataca."



Zafiro no respondió.

Ella no lo necesitaba.

El aire entre ellos explotó con una colisión de auras. El suelo del jardín se agrietó bajo sus pies. La hierba se secó a su alrededor y el olor a lavanda fue reemplazado por electricidad y sangre en el aire. Cuando se lanzó el primer puñetazo —un centro directo de Sapphire, seguido de un rodillazo de Morrigan—, el impacto creó una onda expansiva que destrozó las luces del jardín y sacudió las ventanas del vecindario.

El enfrentamiento se convirtió en un ballet de brutalidad.



Zafiro se movía con la precisión letal de un cazador entrenado, con los puños envueltos en energía azul oscuro como orbes de furia. Morrigan contraatacó con salvaje ferocidad, cada golpe venía con la fuerza de un antiguo campo de batalla —sus dedos dejaban rastros de magia negra en el aire.

Patadas, esquivas, cabezazos. Ninguno dudó. Ninguno cedió.

Dentro de la casa, Vergil observó la destrucción parcial del jardín con la expresión de alguien que ya había visto este tipo de desastre antes — y estaba calculando cuánto costaría repararlo.

Suspiró profundamente, con la mano corriendo por su cabello desordenado.

Entonces lo sintió.

Una mano descansaba ligeramente sobre su hombro.

Cálido. Familiar. Demasiado sofisticado para ser mundano.

Virgilio volvió la cara y encontró a Sephirothy a su lado, una taza de té en una mano y una sonrisa controlada en sus labios, roja como el vino oscuro. Sus ojos estaban medio cerrados, como si estuviera viendo una obra particularmente caótica —pero entretenida—.

"Día difícil?" Ella preguntó, con sutil ironía en su voz.

Virgilio exhaló lentamente, como si aceptara lo absurdo del universo por puro agotamiento existencial.





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

"¿Es natural que no te gusten los dioses?" Él respondió.

Sepphirothy tomó un elegante sorbo de té. "Somos demonios, por eso este odio surge de forma natural. Pero es bueno saber que mi hijo está bien."

